

Atenea

**Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes
Publicada por la Universidad de Concepción**

Año XXI

Junio-Julio de 1944

Núms. 228 y 229

Puntos de vista

El deber supremo de América

UNAS declaraciones formuladas por un miembro de un Gobierno sudamericano acerca de la posición internacional de su patria y acerca de algunos aspectos doctrinarios de su Gobierno, y comentadas por el Departamento de Estado de la Unión, motivaron un sobresalto en las relaciones diplomáticas de muchos de los países americanos. Nosotros no entraremos en el fondo de las declaraciones de aquel miembro del Gobierno pero sí queremos llamar la atención de los hombres de pensamiento, intelectuales, en fin, americanos sobre esta forma de sobresalto internacional que de vez en cuando sacude a los países de hispanoamérica.

Toda declaración formulada con miras internacionales de predominio o de sospechosa condenación de la democracia, no significa sino introducir entre nosotros la sombra de dudas y de recelos que luego es muy difícil disipar. América no puede ni debe tolerar estas manifestaciones anti democráticas, por la sencilla razón de que ningún país americano debe olvidar que los intentos de unidad y comprensión que desde hace un siglo se vienen propiciando, están en vigencia y deben ser apoyados por todos los pueblos de este continente.

La guerra europea es, por cierto, el más brutal desastre que haya podido ocurrir, pero es urgente que todos nos pongamos a

la tarea de neutralizar los contagios que puedan prender en esta parte del mundo. Nada es más odioso que este fermento bélico cuando él cae en una zona del mundo destinada a ser precisamente todo lo contrario de una zona de sangre, de tragedia o de luchas de predominio.

América tiene obligaciones más supremas que las que derivan de una postura orgullosa o simplemente de una actitud beligerante. No creemos que haya gobierno alguno de estos países que esté en disposición de lanzar al mundo clarinadas de combate. Lo único tolerable, lo único digno de la tradición de estos pueblos es justamente orientar a las masas hacia una perfección cada vez más elevada de la función democrática, ahogando en ellos todo gérmen dictatorial, todo impulso de tiranía. No hay memoria de un pueblo engrandecido por esos caminos ni hay en la historia ejemplo de un país que haya prosperado mediante tales expedientes sin haber pagado con torrentes de sangre sus ansias de vulneración de los derechos humanos.

América se ha salvado, hasta ahora, del contagio envenenado de las guerras. Y si Europa cayó en el torbellino de sangre en que ahora se debate, élla se debió exclusivamente a la conducta de los gobiernos que tiranizaron a sus pueblos y los obligaron a convertir el progreso, la civilización y la cultura en elementos de guerra, de odios y de violencias.

Tenemos a la vista el horror y la hecatombe. En la paz han fructificado estos países americanos y en la paz se han engrandecido. Y cuando algunos diferendos de fronteras pudieron amenazar la paz que reinaba, surgieron los principios del derecho internacional para someter mediante la fórmula pacífica y elevada del arbitraje, las disputas fronterizas. América ha dado ejemplos de cordura que merecieron en su hora el homenaje de los pueblos más civilizados. Y precisamente porque la democracia como forma de gobierno inspiró siempre el pensamiento de sus gobernantes, es por lo que estos países han podido continuar, con alterna-

tivas a veces dolorosas, pero siempre corregidas, el camino ascensional del progreso.

Lo único que debe mover a las masas de este continente, en la voz y en el pensamiento de sus hombres de estudio, de sus políticos y de sus gobernantes, es el proceso de perfeccionamiento de la fórmula democrática de gobierno, porque ella es la única que puede dar grandeza, solidaridad y comprensión entre un pueblo y otro. La libertad aherrojada no es más que el fermento de odiosidades y de tragedias internas y externas. La dignidad humana sometida a policía no es sino germen de futuras y a veces fatales caídas en el desquiciamiento y en la barbarie. La única fórmula compatible con la dignidad humana ya la dió Renan en un aforismo lapidario: «Una nación es un plebiscito diario». Y para llegar a la perfección de este plebiscito que reclamaba el pensador francés es necesario armar al pueblo con los atributos de la cultura, de la razón, de la ciencia, del amor a la libertad.

No creemos que América Hispana llegue jamás a olvidar estas leyes humanas. Pero tenemos todos el deber de estar alertas y de levantar nuestra voz cuando alguna vez, por olvido o por falacia del pensamiento, los que manejan la responsabilidad de un mando, caen en ese olvido o pierden la fe en los atributos supremos de la democracia.